

## VII. MARÍA Y LA PALABRA

### Sumario

***Pneūma y řēma: el aliento y la palabra de Yhwh (y el nombre de Yhwh).- El concepto bíblico de persona: nĕfĕš.- Los recursos léxicos de Yhwh: rŭ<sup>a</sup>h, qōl, dābār, memrá, logos.***

#### *Pneūma y řēma: el aliento y la palabra de Yhwh (y el nombre de Yhwh)*

No me digan ustedes que lo que acabo de decir no induce a adivinar mayor calado en el hecho de que Gabriel dijera a María que iba a concebir ese hijo que le había anunciado precisamente porque <sup>Lc 1,35</sup> *descendería sobre ella santo pneūma* (o sea *rŭ<sup>a</sup>h, spiritus*, “espíritu”, “aliento”) y *el poder de[l] altísimo la sombrearía* (“èpiskiásei”).

Ahora añadamos que el propio Gabriel, en la conversación con María, le puso como ejemplo lo que le había ocurrido a su prima Isabel en plena vejez. Y lo que le dijo –si san Lucas lo recordó debidamente- es esto:

<sup>Lc 1,38</sup> pues, de parte de Dios, no será imposible ninguna palabra [*řēma*].

A lo María le respondió, sin más:

<sup>Lc 1,38</sup> He aquí la sierva de[l] señor [*kyrion*]. Hágaseme conforme a tu palabra [*řēmá*].

Hay, en ese diálogo, una relación que no debe pasar desapercibida. Ya no se trata sólo de que Gabriel hablase de una acción combinada –por decirlo así- de la *rŭ<sup>a</sup>h santa* y del *altísimo*, sino de añadir que esa acción entra en las posibilidades de Dios, para quien –como dijo el propio ángel- no es imposible ninguna *palabra* (“řēma”).

¿Por qué dijo *palabra* y no *cosa*?

El asunto no es baladí: Gabriel relacionaba dos acciones que habían abocado a hacer que dos mujeres concibieran un hijo en circunstancias especiales, la una en plena vejez y la otra sin tener relación alguna carnal. Y hete aquí que, para el ángel –que recordemos que se había definido a sí mismo como el que está (no nos dijo si constitutiva o si permanentemente) en presencia de Dios-, esas dos acciones concretas – como cualesquiera otras-, en cuanto obra de Dios, son pura y simplemente *palabra*.

Es cierto que, en el griego del Nuevo Testamento, *řēma* se empleaba también en sentido de *cosa*. Pero de cosas *dichas* o de algo relacionado con lo *dicho*<sup>i</sup>. Luego lo veremos con más detalle. Ahora nos basta señalar que, al responder a la frase del ángel, María recurrió a la misma expresión que había empleado Gabriel, *řēma*, y que, en su caso, no puede traducirse por *cosa*. Por tanto, estamos donde estábamos (en rigor, donde acaban de ponernos Gabriel y María al expresarse de esa forma) y ya se ve que aquí podría haber algo importante.

---

<sup>i</sup> Vid. el pormenor de los usos en W. Radl, “ρημα”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, cit. *supra*, t. II, col. 1308-1310.

Y estarán conmigo en que ha de ser así si completo además la frase de David que he recordado antes:

<sup>2Sm 23,2</sup>La *rū<sup>a</sup>h* de Yhwh ha hablado conmigo y [está] sobre mi lengua su palabra [*millā*].

Como si fuera una persona, le había hablado la *rū<sup>a</sup>h* de Yhwh, pero lo que había quedado sobre su lengua era *su palabra* (“*mlh*”), claro es que la de Yhwh.

Añadamos ahora que no se trata de una frase aislada. Se corresponde con unas cuantas más de los *targumim* que, para que entendieran la Biblia hebrea, se les solía recitar a los judíos de aquellos días, que sólo comprendían el arameo. Obsérvese concretamente la evolución de este estico del libro de los *Números*:

### **Biblia hebrea**

<sup>Nm 7,89</sup>Y, al entrar Moisés a [la] tienda de reunión para hablar con él [con Yhwh], entonces oía la voz hablándole sobre el propiciatorio que [había] sobre el arca del testimonio de entre los dos querubines, y hablaba con él.

### **targum Neofiti**

<sup>Nm 7,89</sup>Y, al entrar Moisés a [la] tienda de reunión para hablar con él [con Yhwh], entonces oía la voz *de la palabra* hablándole sobre el propiciatorio que [había] sobre el arca del testimonio de entre los dos querubines, y *desde allí* hablaba con él *la palabra* [“*memra*”].

### **targum Add. 27031**

<sup>Nm 7,89</sup>Y, al entrar Moisés a [la] tienda de reunión para hablar con él [con Yhwh], entonces oía la voz *de la rū<sup>a</sup>h* hablándole, *después de haber descendido de los cielos*, sobre el propiciatorio que [había] sobre el arca del testimonio de entre los dos querubines, y *desde allí* hablaba con él *la palabra* [“*dbyr*”].

Al llegar a esta última versión –la más moderna, aunque sea muy antigua-, se había consumado la relación entre la *rū<sup>a</sup>h* y la *palabra*, y hete aquí que, además, las dos *-rū<sup>a</sup>h* y *palabra-* hablaban con Moisés como *personas*.

Y aún se añade más adelante:

### **Biblia hebrea**

<sup>Nm 11,17</sup>Y descenderé y hablaré allí contigo y tomaré de [la] *rū<sup>a</sup>h* que [está] contigo y [lo] pondré sobre ellos y llevarán contigo en carga del pueblo [ = llevarán contigo la carga del pueblo] y no [la] llevarás tú por ti mismo.

### **targum Neofiti**

<sup>Nm 11,17</sup>Y *me manifestaré por mi palabra* y hablaré allí contigo y *haré crecer la rū<sup>a</sup>h santa* que [está] contigo y [la] pondré sobre ellos y llevarán contigo en carga del pueblo [ = llevarán contigo la carga del pueblo] y no [la] llevarás tú por ti mismo.

Y todavía más allá:

## Biblia hebrea

Nm 14,23 No verán la tierra que prometí a sus padres y no la verán mis ofensores todos;

<sup>24</sup>pero [a] mi siervo Caleb -porque [está] con él otro *rū<sup>a</sup>h* y está completamente tras mí- le meteré a la tierra [a la] que fue, allí, y la heredará su descendencia.

La razón de que eso pudiera ser así se hallaba ya en el salmo 33:

Ps 33,6 Por [la] palabra [*bdbr* = por el *dābār*] de Yhwh fueron hechos [los] cielos y por [la] *rū<sup>a</sup>h* [*wbrwh*] de su boca, toda su hueste.

Esas aclaraciones de los *tagumim* más antiguos son de primera importancia para comprender el alcance que podían tener las referencias al *nombre de Yhwh* y a su relación con la *tienda de reunión* que mandara el propio Dios levantar a Moisés. Entonces había sido la *tienda de reunión* y, cuando los hebreos pudieran hacerse sedentarios –en la tierra que Dios había prometido a Abraham-, había de ser el *templo* que se levantaría –no en vano- sobre otro monte, que parecía ser definitivo, el monte de Sión. Según se lee en el *Deuteronomio*<sup>12,10</sup>, lo que Yhwh les anunció es que *cruzarían el Jordán y habitarían en la tierra que él mismo, Yhwh, su Dios, les hacía heredar*

Dt 12,11 y será el lugar que escogerá Yhwh, vuestro Dios, para poner en él su nombre, allí; allá llevaréis todo lo que yo os mando: vuestros holocaustos y vuestros sacrificios, vuestros diezmos y [toda] ofrenda de vuestra mano y todo [lo] selecto que prometisteis de vuestras posesiones.

Después el templo, primero la *tienda de reunión* no era un lugar como otro cualquiera, por tanto. En adelante, Moisés<sup>Dt 12,13</sup> *tendría que cuidarse de no sacrificar su holocausto en cualquier lugar que viera, <sup>14</sup>sino que había de hacerlo en el lugar que escogiese Yhwh, en una de sus tribus; allí ofrecería su holocausto y allí haría todo lo que le mandara.*

Se discutiría mucho después si, en ese caso, *el nombre* de Yhwh –que es lo que el propio Yhwh quería que habitase en la tienda de reunión y, al cabo, en las tierras del otro lado del Jordán- es distinto de Yhwh, como lo son su *rū<sup>a</sup>h* y su *palabra* o, si no lo es de la forma en que ellas dos lo son, se trata, en todo caso, de *otra “personificación”* de Yhwh<sup>i</sup>. Quizá sea una de esas ocasiones en que las cosas se comprenden un poco mejor –muy poco en este caso- evitando los barbarismos –como lo es “personificación”- y buscando en palabras propias de la lengua de cada cual si hay modo alguno de decir lo que queremos decir. Y tengo para mí que *el nombre de Yhwh* es el modo en que el propio Yhwh *se persona* donde cree oportuno, en este caso en la tienda de reunión y

---

<sup>i</sup> Matizo en lo que sigue la interpretación de A.S. van der Woude, “שׁח...”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, t. II, col. 1.195-1.196.

luego en el templo. Y, si es así, su *nombre* no es una *persona*, ni tampoco una “personificación” (que, etimológicamente, equivale a “hacerse persona”), sino *un modo* de manifestarse, eso sí, totalmente, de manera exhaustiva, completa, sin que dejar nada –ni siquiera la propia realidad que es Yhwh- fuera de esa acción de personarse (de ese modo).

Si acaso, se podría pensar si quedan fuera otros *modos* en que Yhwh se puede personar.

Si es que es así –que no lo sé-, *el nombre de Yhwh* es una *forma* y lo que habrá preguntarse es si la *rū<sup>a</sup>h* y la *palabra de Yhwh* son otras tantas *formas*. Sólo que, si contestáramos que (probablemente) sí, tendríamos que continuar con otra pregunta, la de si hay diferencia en la *forma* en que Yhwh se manifiesta como *nombre* y las *formas* en que se manifiesta como *rū<sup>a</sup>h* y como *palabra*.

De momento, me atrevería a sugerir –respecto a lo primero-, *el nombre de Yhwh* –del que he dicho que es la forma en que Yhwh quiso *personarse* en la tienda de reunión y luego en el templo- es desde luego *personal* –porque Yhwh lo es y, en cualquier *forma* que se manifieste o se haga presente, se manifiesta o se hace presente *del todo*, sin dejar nada fuera de sí mismo en ese manifestarse-; el nombre es *personal*, por tanto, pero no es *persona*. No sé de ningún lugar de la Biblia ni de ningún *targumim* donde se diga que *el nombre* de Yhwh o de Elohim o, sencillamente, de Dios *habla*. De la *rū<sup>a</sup>h* y la *palabra*, sí.

No sólo hablan la *rū<sup>a</sup>h* y la *palabra*, sino que es *la palabra* la que pronuncia *el nombre de Yhwh*:

#### **Biblia hebrea**

Is 62,2 Y verán [los] pueblos tu rectitud y todos [los] reyes, tu gloria y te será llamado [un] nombre nuevo que le impondrá [la] boca de Yhwh.

#### **targum de Isaías**

Is 62,2 Y verán [los] pueblos tu rectitud y todos [los] reyes, tu gloria y te será llamado [un] nombre nuevo que le impondrá [la] *palabra* de Yhwh.

Claro que eso puede entenderse como afirmar que ser persona es *hablar*. No ya *poder hablar*, sino *hablar*, puro hablar. Y, en cambio, se puede ser *personal* sin ser *persona*, ni, por lo tanto, hablar...

Más vale que nos preguntemos qué entendían aquellos hebreos por *persona*, si es que tenían esa idea (y, a priori, habría que suponer que la tenían o, al menos, que explicaban de alguna forma todo lo que se acaba de decir).

#### ***El concepto bíblico de persona: néfæš***

Más tarde, se daría por supuesto que el concepto de *persona* fue creación de juristas romanos, movidos por el mero pragmatismo, y que, de ellos, lo tomarían los cristianos sobre todo desde el siglo II de nuestra era: los juristas de Roma tenían necesidad de distinguir entre aquellos que cometían un delito del que eran responsables y aquellos que cometían un delito del que no podían responder por la sencilla razón de que no eran

conscientes de que lo habían cometido y, en el mejor de los casos, no sabían sencillamente responder<sup>i</sup>. Cabía ajusticiar al burro que hubiera matado a su amo de una coz, pero era inverosímil (entonces, no digo hoy) que, ajusticiado por eso, el burro falleciera con la conciencia de que había cometido pecado. En realidad, lo más probable es que no supiera nada y que, simplemente, muriera (eso sí, ajusticiado). Para eso se adoptó la palabra *persona*, que, en el latín de aquellos días, se usaba para designar la “máscara” que solían usar los actores en las representaciones teatrales. No se ganaba lo que luego –digo en plata- y era más asequible ser actor cambiándose de máscara cada vez que se quería expresar un gesto –permanente- distinto, fuera la alegría, fuera el dolor, la maldad... lo que fuere...

En griego, esa máscara teatral recibía el nombre de *prósopon*, y algunos escritores anteriores a nuestra era ya habían comenzado a emplear ese otro término –el griego- en el sentido en que luego se emplearía en latín la expresión *persona*<sup>ii</sup>. Esto es: para referirse a mujeres o a hombres. Es posible que este uso, por tanto, aunque no era frecuente entre los griegos, fuese lo que indujera a los juristas romanos a hacer lo propio con la palabra latina *persona*, sólo que con fines de precisión léxica de carácter jurídico y, sobre todo, judicial.

Que, en el teatro griego y el romano, los actores usaran máscaras por fines ahorrativos –porque permitía a una sola persona representar varios papeles- o que recurrieran a ello más bien porque, en el fondo, la máscara subrayaba, con su sola presencia, el carácter ficticio de la propia representación, es asunto en el que no vale la pena entrar, ni tampoco hace al caso. Podemos admitir cualquiera de las dos posibilidades y también las dos.

En el caso de los escritores griegos que habían empezado a dar esa acepción -la de ser humano- a la palabra *prósopon*, es posible a su vez que les impulsara a ello la percepción de la importancia de los gestos en la capacidad de comunicarse de todo hombre y de toda mujer. No se olvide que aquellas máscaras teatrales no solían mostrar un rostro neutro, sino alegre o triste, airado o temeroso, bonachón o malvado. Eran, en realidad, un puro gesto.

Eso sí: un gesto “cristalizado”, incapaz de cambiar, de manera que hacía más difícil la tarea del actor –si no cambiaba de careta- y tenían la relativa ventaja de que no le obligaban a que fuera él –el actor-, con sus palabras y sus propios gestos, quien fuese descubriendo el personaje a los asistentes y le diese la actitud que conviniera en cada circunstancia. En las propias facciones de la máscara, se percibía ya la tristeza o la

---

<sup>i</sup> Sobre toda la problemática que ello implicaba, Joseph Mélèze Modrzejewski, *Statut personnel et liens de famille dans les droits de l'Antiquité*, Aldershot, Variorum, 1993, varias paginaciones. Más ceñido a nuestro asunto, Alan Watson, *The law of persons in the later Roman Republic*, Oxford, Clarendon Press, 1967, xii + 269 págs., y, sobre todo, Onorato Bucci, *Persona: Una introduzione storico-giuridica alla civiltà greco-romano-giudaico-cristiana*, Roma, Serafica, 2006, 240 págs.

<sup>iii</sup> El contexto de este proceso y el conjunto de la evolución de las representaciones teatrales, en Francisco Rodríguez Adrados, *Del teatro griego al teatro de hoy*, Madrid, Alianza, 1999, 369 págs. Sobre los orígenes, Paulette Ghiron-Bistagne, *Recherches sur les acteurs dans la Grèce antique*, París, Les Belles Lettres, 1976, 404 págs. Un caso especialmente revelador, en David Wiles, *The masks of Menander: Sign and meaning in Greek and Roman performance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, xv + 271 págs.

alegría, el odio o el amor, la ira o la mansedumbre, o lo que el autor de la pieza hubiera atribuido a ese personaje concreto. De ahí -del carácter eminentemente gestual de la máscara- hubo quien dedujo quizá la relación que todo eso tenía con las personas de carne y hueso como quienes se expresan por medio de gestos y, por ese camino, puede ser que se llegara a hacer lo que se hizo, que fue dar el nombre de “máscara” a cualquier hombre o cualquier mujer.

En cuanto a los juristas romanos, y aun en el supuesto de que se inspiraran en la evolución que se había dado en la palabra griega *prósopon*, no es difícil advertir la función de representante y de representado que se daba y se da en las acciones judiciales con mucha frecuencia, siempre -en realidad- que se *persona* un jurista en un pleito.

Sea como fuere, ya se ve que la idea de la vida como representación misteriosamente real y, además, *expresiva* había comenzado a abrirse camino. Cosa que no tendría que ver con el hecho de que, enseguida, algunos teólogos cristianos vieran el cielo abierto en el latín *persona* cuando se las tuvieron con la tarea de explicar a la gente más culta del mundo helenístico el misterio que se empezó a denominar con la expresión latina *trinitas* menos de doscientos años después de que se encontraran María y Gabriel<sup>i</sup>.

En la Biblia hebrea, se recurría con gran frecuencia a la palabra *néfaš* para hablar justamente de *personas*. Así en el *Génesis*<sup>17,14</sup>, al amenazar con separar de su pueblo a aquella *persona* que no fuera circuncidada: si se encontraba un *varón incircunciso*, esa *persona* (“*néfaš*”) sería cortada –o sea separada- de su pueblo.

Es más cercana a nuestra lengua la traducción literal de la mención siguiente que conozco –en un orden puramente espacial, gráfico-, que es la del propio *Génesis*<sup>36,6</sup>:

Y tomó Esaú a sus mujeres y a sus hijos y a sus hijas y a todas [las] personas [*néfaš*] [de] su casa y su ganado y todo animal suyo y todo bien suyo que adquirió en tierra de Canaán y marchó a tierra [que lo quitase] de delante de Jacob, su hermano.

Y esa misma palabra, con el mismo sentido, se repetía en el Éxodo<sup>ii</sup>, el Levítico<sup>iii</sup> y los Proverbios<sup>iv</sup>.

Pero *néfaš* tenía una historia extremadamente atractiva, sobre todo si se recuerda lo que hemos dicho de *rū<sup>ah</sup>* y del propio concepto de *palabra* (que se expresaba, por su parte, por medio de los términos *qōl* y, sobre todo, *dābār*, *memrá* en arameo y *logos* en el griego *koiné*). Aunque no se puede decir que ninguna de ellas –ni *néfaš*- hubiera seguido un itinerario conceptual nítido, sin ambigüedades, sin avances y retrocesos y equívocos en el uso de una u otra de las acepciones que fueron recibiendo (cuando hubo varias)-, las cuatro primeras habían abocado a la designación de lo divino a partir del

---

<sup>i</sup> Vid. Gabino Urizarri, *La emergencia de la Trinidad inmanente: Hipólito y Tertuliano*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1999, 175 págs. Como es sabido, antes de Tertuliano, lo empleó sin embargo Teófilo de Antioquía, hacia el año 180. Vid. Rick Rogers, *Theophilus of Antioch: The life and thought of a second-century bishop*, Lanham, Md, Lexington Books, 2000, 192 págs.

<sup>ii</sup> En bastantes ocasiones a partir de Ex 12, 15.

<sup>iii</sup> En varias ocasiones a partir de Lev 2, 1.

<sup>iv</sup> Prov 28, 17.

ruido o de la *respiración*, que, al unirse, daban lugar a la *voz* y, al cabo, a la *palabra* como *sonido signifiante* (no, por lo tanto, como *logos*).

### **Los recursos léxicos de Yhwh: *rū<sup>a</sup>h*, *qōl*, *dābār*, *memrá*, *logos***

El asunto es tan importante que hay que pararse en ello. Dijimos antes que una cosa eran los nombres bíblicos de Dios que se referían a atributos suyos (*el Viviente, la Vida, la Luz, la Sabiduría, la Gloria, el Altísimo...*) y otra distinta las palabras que concernían a su *forma de actuar* y hablamos largamente del término *rū<sup>a</sup>h*.

Pues bien, advirtamos ahora que varias de esas otras palabras tuvieron, al principio, la acepción de *sonido*, con uno u otro matiz, y, sin perder ese sentido, llegaron a expresar precisamente la manera en que Dios se expresa, valga la redundancia. Eso es lo que me parece fundamental.

Y me lo parece porque me obliga a preguntarme si se trata de una mera evolución lingüística propia de la capacidad creciente de abstraer por parte de unas gentes o supone –además– una manera de decir *algo más* sobre lo que es propiamente *la forma de ser de Dios*. Ni más ni menos.

### **qōl**

No era sólo *rū<sup>a</sup>h* la que estaba en tal caso. Otra muy importante era *qōl*, que, en la Biblia y en otros textos semíticos anteriores y coetáneos, siguió una evolución –sinuosa desde luego, con idas y venidas– que empezó por la acepción de *sonido* (y, sobre todo, *ruido*) y, desde ahí, corrió por un camino que la condujo a la acepción de *trueno* y, de aquí, al *trueno* como expresión amenazadora o tajante de Yhwh y, en suma, a la *manifestación* (física –sonora–, pero también metafórica) de su voluntad soberana. Y así acabó por ser más “voz” que “palabra” (claro es que sin que perdiera por eso las demás acepciones que había ido ganando con el tiempo y el uso). Ya había servido incluso para referirse al sonido de tal o cual instrumento de *música* (el de una cítara, el de una flauta, el de las trompetas, también el del cuerno...).

No fue un proceso de abstracción sin más, sino que tuvo fundamento religioso desde muy pronto. Que se considerasen los truenos –físicamente, no a modo de metáfora– como expresión sonora de Dios formaba parte de lo que los hebreos compartían con los cananeos, cuyas tierras habían ocupado. Y eso mismo creían los asirios. Es cierto, sin embargo, que se llegó a un momento en que podía distinguirse (digo *podía*, no que siempre se distinguiera) entre el ruido de los fenómenos naturales y la voz de Yhwh y que, en un centenar de ocasiones, de lo que se habla en la Biblia hebrea al emplear la palabra *qōl*, es justo de eso, de *la voz de Elohim* o de Yhwh.

Llegó a tener tal peso el término *qōl* que, en los quinientos años anteriores al nacimiento de María, cuando los judíos perdieron el hebreo y dieron en expresarse en arameo, acabaron por incorporarla a esta otra lengua en la forma *qāl* y así aparece siete veces en el libro de *Daniel*.

Pero los sabios que se apartaron a Qumrán y cultivaban el hebreo seguían recurriendo al término *qōl* en los días en que María vivió vida mortal<sup>i</sup>.

Ahora recordemos lo dicho acerca de *rū<sup>a</sup>h* y no será difícil que advirtamos –quizá– que eran dos expresiones - *rū<sup>a</sup>h* y *qōl*- que podían llegar a convergir. Ambas habían asumido la acepción de *sonido inteligible* (que casi siempre pero no siempre es lo que es *la palabra*). Habían comenzado con una acepción puramente física y acabaron por expresar la *manifestación inteligible de Yhwh*.

En realidad, las dos partían de algo relacionado con el ruido (que, al fin y al cabo, en aquellos tiempos, se transmitía por el aire; no como ahora, en que se puede colocar cualquier ruido en la mismísima oreja); *qōl*, no obstante, había servido inicialmente para expresar los ruidos de fenómenos atmosféricos, en tanto que *rū<sup>a</sup>h* quería decir unas veces *viento* y otras *aliento* y era desde el principio, por lo tanto, una palabra relacionada con *lo viviente* (teniendo en cuenta sin embargo que aquellos hebreos sólo consideraban vivo lo que respira). En cambio, *qōl* era puro sonido.

### **dābār**

La voz de Dios que se decía *qōl*, claro que es inteligible. Pero, por lo general, recurrían a esa palabra cuando querían referirse a la *fuerza* con que se expresa Dios, en tanto que acudían a *dābār* cuando intentaban poner énfasis en el hecho de que hable Dios, o sea en la palabra como resultado de la *acción de hablar*. Las dos – *qōl* y *dābār*- se referían a palabras (o a acciones de hablar con palabras) que, en todo caso, *significaban, se entendían*. Pero, al acudir a *dābār*, subrayaban el carácter dinámico.

Y Elohim les hablaba (dinámicamente) con tanta frecuencia que, entre su palabra y las de otros, se han contado 1.440 lugares de la Biblia hebrea donde aparece el término *dābār*; eso sin contar el millar largo de ocasiones en las que se emplea la correspondiente forma verbal, que parte de la raíz *dbri*<sup>ii</sup>.

Puede que, originariamente, fuese una expresión onomatopéyica, relacionada con el ruido. Cabe la posibilidad, en concreto, de que *dbri* proceda de una raíz que tuviese el sentido de *zumbar*. Invita a pensarlo así el hecho de que “abeja” se dijera en hebreo *d<sup>e</sup>bōrā*.

Pero no pasa de ser una conjetura.

La diferencia de *dābār* con el *sonido significativo* que suponía *qōl*, sobre todo cuando se hablaba de Yhwh, se aprecia claramente –por poner un ejemplo– en el relato del *Génesis*<sup>3,8</sup> según el cual, después de pecar, pero aún en el huerto de Edén, Adán y la mujer se escondieron precisamente cuando oyeron el *qōl* de Yhwh. Algunos traducirían

---

<sup>i</sup> Vid. C.J. Labuschagne, “קול...”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, II, col. 793-799, y J.L. Cunchillos, “*qōl* YHWH en el Antiguo Testamento”, en *La esperanza en la Biblia: XXX Semana Bíblica Española*, Madrid, C.S.I.C., 1972, pág. 319-369.

<sup>ii</sup> Ése y otros aspectos (incluido el de las abejas), en G. Gerleman, “דבר...”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, t. I, col. 614-627. Sin embargo, desde el punto de vista exegético, hay que acudir a la obra de Domingo Muñoz León, *Palabra y gloria...*, cit. *supra*, especialmente al también citado “Excursus I: La tradición bíblica sobre la palabra y la gloria”, *ibidem*, 35-139.

mucho más tarde esa expresión como “la voz de Yhwh” (“la voz de Yhwh andando por el huerto al viento del día”), pero la verdad es que podía pensarse que esa voz no era en realidad sino rumor, al cabo sonido, ruido que se hace al pasar, un ruido que, en Yhwh, tiene que ser, no obstante, *inteligible*, por lo menos si es que Yhwh camina como *rū<sup>ah</sup>* creador. Recuérdese que la *rū<sup>ah</sup>* tiene que ver con la creación, es *creadora*, según vimos, y el huerto de Edén es, por tanto, obra suya.

En cambio, cuando se usaba *dābār*, no sólo se entendía el carácter de acción de la palabra, sino la palabra precisamente como expresión *eficaz*, de suerte que el hecho de que esté *cargada de sentido* es lo que la hace efectiva. El *dābār* es dinámico porque tiene *sentido* y, al *entenderse*, induce a actuar de una manera y no de otra. Se acudía a *dābār* no pocas veces, por eso, para hablar de lo religioso o de lo moral.

Pero eso no quiere decir que, siempre que se usara la palabra *dābār* se hiciera de forma que *se sabía* cuál era su contenido concreto. A veces, por ejemplo, el *dābār* de Yahwh (la “palabra de Dios”) se refería al conjunto de lo que Dios les había revelado; cosa que implica el matiz que corresponde a una comunicación *que llega efectivamente y es entendida*, generalmente por el *sonido* que recoge el oído, venga ese sonido del propio Yhwh, venga de un profeta, de la lectura del Libro o de la glosa de un rabino. Pero no necesita que se detalle aquello que se entiende. En unas ocasiones se dejaba constancia de lo que se había entendido y en otras no.

### memrá

En cambio, siempre se refería a palabras *habladas, concretas y entendidas* el hebreo *’ēmar* y sus equivalentes *’imrā*, *’ōmar* o *m<sup>a</sup>mār*, que también aparecen en la Biblia (muy pocas veces los dos últimos): se diferenciaban todos ellos de *qōl* y de *dābār* porque solían usarse para referirse a la pura “mecánica” de articular un sonido que significa y es, por tanto, *palabra* y, consecuentemente, conllevaban esa completa concreción a que acabo de referirme. Expresaban, en suma, la palabra *oral*, pronunciada realmente, dicha.

Claro es que con salvedades y excepciones: la salvedad principal, que, cuando se trataba de la *palabra de Dios*, no solía emplearse *’ōmar* ni tampoco *m<sup>a</sup>mār*; la excepción, que *’ēmar* tenía, a veces, un sentido plural y, en esos casos, podía referirse al *conjunto de las palabras de Dios*. En cambio, *’imrā* se empleaba siempre en singular y aparece en las frases en las que *la palabra de Dios* se acerca más a un sentido que podemos llamar teológico; esto es: constitutivo de la manera de ser de Dios.

En cuanto a la forma verbal correspondiente a la misma raíz de esas cuatro expresiones (*’ēmar*, *’imrā*, *’ōmar* y *m<sup>a</sup>mār*), o sea “hablar” en el sentido de *pronunciar* (físicamente) *palabras*, era, en hebreo, *’mr*. Que es –atención– el verbo más usado en la Biblia: más que *hyh* (“ser”) o que *’sh* (“hacer”), por citar los que podrían ser sus competidores principales. Aparece bastante más de cinco mil veces.

---

<sup>i</sup> Sobre el uso bíblico de esta palabra y los cuatro sustantivos que derivan de la misma raíz y acabo de mencionar, H.H. Schmid, “אמר...”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, t. I, col. 321-328.

Primacía que redondearon los *m<sup>e</sup>turg<sup>e</sup>man* al acudir a esta última raíz para sembrar – literalmente- los *targumim* del arameo *memrá*, que era el equivalente al hebreo *'émær*, *'imrā*, *'ómær* o *m<sup>a</sup>mār*.

Pero la cosa es que, para traducir *dbr* y *dābār* al arameo, no acudieron a *memrá* por lo general, sino que prefirieron las palabras *mll* y *millā* respectivamente. No es sobre eso, por lo tanto, sobre lo que llamo vuestra atención, sino sobre el hecho de que añadieran la palabra *memrá* en muchos lugares donde la Biblia hebrea se refería directamente a Dios y sólo a Dios. Es decir: no se limitaron a traducir las palabras hebreas que hemos visto hasta ahora, sino que, en muchas frases donde no aparecía ninguna de ellas ni término alguno que fuese equivalente o sinónimo a “palabra”, añadieron el término *memrá*. El sujeto de tales oraciones pasó de ser *Yhwh* o *Elohim* a ser el *memrá Yhwh<sup>i</sup>*.

Y lo hicieron, especialmente (que no es lo mismo que exhaustiva ni tampoco exclusivamente) en los esticos donde se habla de acciones en las que *Yhwh* se revela o crea.

### **logos**

Por su parte, con tanta variedad, no es extraño que *los LXX* ya hubiesen traducido la mayoría de los esticos donde aparece alguno de esos términos con la palabra *logos* o – en menor medida, en una proporción de dos por uno (aproximadamente)- con el término *ῥēma* y que, luego, hicieran lo mismo quienes también redactaron en griego los cuatro evangelios.

Pero *logos* aún amplió el sentido; porque el *logos* griego no implicaba *sonido*, como el hebreo *qōl*, el propio hebreo *dābār* –con más excepciones- y el arameo *memrá*. El *logos* griego siempre tenía *significado*, como *memrá* y *dābār* y era eso, además, lo principal del *logos*: expresaba algo *inteligible*. También era, por tanto, *qōl*. Pero podía ser *sonido (foné)* si se trataba de un *sonido* *significante (foné semantiké)* y cabía igualmente referirse, con la palabra *logos*, a un *pensamiento* susceptible de expresarse de cualquier modo comprensible (*logos evdiáthetos*), aunque no fuese sonoro, audible.

Y esas dos diferencias con aquellas otras palabras semíticas que acabamos de citar –la amplitud de lo secundario del sonido y la posibilidad de que fuera, no obstante, una expresión de lo inteligible- acarrearán todavía una consecuencia tercera –y no menor- que era la envergadura propia del *logos*, de la que carecían *rū<sup>a</sup>h*, *qōl*, *dābār* y *memrá*, y es que el *logos* –sobre todo el *logos evdiáthetos*- podía ser un pensamiento que se expresara en una palabra pero podía ser también un conjunto de pensamientos que exigiese, para expresarse, todo un discurso<sup>ii</sup>. Sólo *dābār* se aproximaba alguna vez a esa acepción, siquiera fuese cuando se refería a lo revelado. Pero no era lo mismo.

En cuanto a *ῥēma*, tenía un sentido distinto en la lengua *koiné*. Pero *los LXX* lo usaron en la misma acepción que *logos*, sin respetar la diferencia.

---

<sup>i</sup> Aunque volveré sobre ello, debo remitir nuevamente a los dos libros fundamentales de Domingo Muñoz León: *Palabra y gloria...* y *Dios-Palabra...*, ambos *cit. supra*.

<sup>ii</sup> Esta distinción, en J. Ménard: “Logos”, en *Enciclopedia de la Biblia*, *cit. supra*, col. 1.066.